

LOS HOMBRES

EN LA MUERTE DE JUAN RAMON JIMENEZ

012

Con la desaparición de Juan Ramón Jiménez se clausura una etapa completa en la lírica castellana. Porque el poeta español no era solamente una voz más en el concierto de la poesía del mundo, sino también un creador de nuevas formas, un sereno artífice de suaves bellezas que entran por la gran puerta de la Antología a enriquecer la herencia hispana, herencia de amor místico, de Cristos dramáticos, de conflictos espirituales, de búsqueda y hallazgo de la Muerte, en fin, todo lo que es intemporal y divino. Juan Ramón Jiménez o la esquila trémula como hubo de llamarlo melódicamente uno de sus biógrafos. Pues todo en su poesía, de tan puras esencias, es transparente, fino como el vuelo de un ángel. Sus rosas de ausencia y de luna. Sus caminos errabundos, dorados de nostalgia, el tono elegíaco, y, como centro de ese mundo de espinas, perfumes y sedas, la mujer que, como la brisa o el agua, baja cantando por las breñas de las montañas nativas.

Juan Ramón Jiménez, divino hechizado, también convocó a su ronda azul de poemas a los niños del mundo. PLATERO Y YO puede considerarse como la Biblia de la niñez, por su transparencia franciscana y la viva intención poética que anima ese libro maravilloso. Los pastorcitos de Belén, el mundo de las dulces formas decembrinas, los caminos ocre, donde el silencio se tiende a sestar como un perro noble, el borriquito amoroso, todo lo que se resuelve en añorada ternura, está en este poeta que se ha ido después de dejarnos uno de los mayores testimonios de la Belleza entre los hombres. Porque Juan Ramón Jiménez supo encontrar caminos nuevos para su sensibilidad, formas insospechadas de expresión, matices cautelosos de una suave lejanía de espuma.

El gran poeta se ha ido lentamente, sin prisa, a reunirse con su esposa, a quien amó tanto, para seguir contando estrellas y enhebrar un nuevo diálogo con Platero.

OK JAIME ROBLEDÓ URIBE

El 22 de mayo hizo diez y seis años que, en un accidente de automóvil, perdió la vida en Manizales el doctor Jaime Robledo Uribe. Fue uno de esos admirables científicos que sabían mezclar las cosas del mundo para no dejarse arrebatar ni por el frío cientifismo que es, en el fondo, un nuevo barbarismo, ni tampoco por el bizantinismo inútil que desemboca en un barroquismo literario sin raíz en nuestro tiempo tan cargado de sinsos dramáticos. Médico famoso, el doctor Robledo Uribe fue también un magnífico escritor, un ensayista de hondo calado, un orador de excepcionales condiciones. Pertenecía a ese grupo de médicos colombianos que saben abonar el territorio del alma para sembrar la buena semilla que será cosecha en el futuro. Por eso no se desentendía del Hombre como naturaleza humana, como “junco pensante” que dijera Pascal. Sus ensayos intelectuales son recordados siempre por quienes han tenido buena vecindad con la cultura en Colombia. Colaboró en todos los diarios colombianos y en revistas científicas de diferentes países. En todos sus trabajos aparece la huella enérgica de su talento, su amor por la humanidad, su sentido convivente y fraternal del mundo. Fue la suya la solidaridad con la vida y el modo de ser del perfecto ciudadano que consiste en entregar lo mejor de sí mismo a sus semejantes.